

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS



Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

**Ser signos vivos
de la presencia del Reino,
en comunidad de Hermanos
consagrados por el Dios Trinidad**

25 de diciembre de 2008

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

**Ser signos vivos de la presencia
del Reino, en comunidad de
Hermanos consagrados por el
Dios Trinidad**

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Superior General
25 de Diciembre de 2008

A ustedes que, consagrados por Cristo Jesús, han sido llamados a ser pueblo de Dios en unión con todos los que invocan en cualquier lugar el nombre de Jesucristo, que es Señor de ellos y de nosotros, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo el Señor... Fiel es Dios que los ha llamado a vivir en unión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor. (1 Cor 1,2-3.9)

Hermanos:

El texto de Pablo, en cuyo año nos encontramos, nos habla de una de las características que definen el ser de Dios. La fidelidad: *Fiel es Dios*. Si en la Biblia Dios es definido como amor, también es definido como fiel. Esto es sin duda motivo de gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo el Señor. Hoy vivimos un momento incierto en nuestra historia humana. No vemos claro el horizonte, y los sistemas políticos, sociales y económicos hacen aguas. A nivel de Iglesia, el abandono y la indiferencia de muchos, particularmente de los jóvenes, sin duda, nos preocupan, y a nivel de Instituto nos planteamos serios interrogantes.

Ante este panorama, mitigado ciertamente por los numerosos signos de vida presentes en la historia humana, en la Iglesia, en la Vida Religiosa, en nuestro Instituto y en la Familia Lasallista, pero no siempre evidenciados, hay una verdad incommovible que nos debe mantener esperanzados: *Dios es fiel*. Aunque a veces, podamos sentir su silencio. Con Kierkegaard podemos expresarlo también nosotros: *No permitas que olvidemos que Tú hablas también cuando callas.*

Danos esta confianza mientras esperamos tu venida. Tú callas por amor y hablas por amor. Tanto en el silencio, como en la palabra, Tú eres siempre el mismo Padre, el mismo corazón paterno y nos guías con tu voz y nos elevas con tu silencio.

El Dios Trinidad cuya gloria es nuestro fin último, no nos abandona. Dios es inmutable en la fidelidad de su amor y estamos llamados a ser signos vivos de su Reino, de ese Reino de Dios en donde todos seremos hijos e hijas y hermanos y hermanas. *La Iglesia sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios y la salvación de toda la humanidad* (GS 45a). Y nosotros, Hermanos, como Iglesia, formamos parte de este proyecto, tal como lo idealizó el Fundador al invitarnos a ser instrumentos de salvación para los jóvenes, particularmente los más necesitados. Como nos dicen los Obispos Latinoamericanos en su última Conferencia continental: *Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo* (Aparecida n° 14).

Pero, como bien sabemos, no se trata de un proyecto individual. Se trata de un proyecto que deseamos vivir como comunidad de Hermanos consagrados a la Trinidad y que hoy hacen suyo, todos aquellos que se inspiran en nuestro carisma. Como nos dice la Introducción de la Circular 455, que recoge los documentos del 44° Capítulo General: *Tanto los Hermanos como el conjunto de los lasalianos dedicados a la misión educativa, estamos llamados a afrontar esta realidad de modo que el Reino de Dios, proclamado y realizado en Jesús,*

transforme el mundo en un lugar de esperanza, justicia, paz y comunión entre las personas.

Puede ser, que sintamos también como Pablo la fragilidad de nuestros esfuerzos y la incoherencia de nuestro testimonio, pero esto, lejos de desanimarnos, debe impulsarnos a seguir adelante confiando en la fuerza del Señor. *Yo, hermanos, no me hago ilusiones de haber conseguido la meta; pero eso sí, olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno para conseguir lo que está adelante y corro hacia la meta* (Fil 3,13-14).

Como nos dice el jesuita Xavier Quinzá Lleó, hoy en sociología se tiene muy en cuenta la relación que existe entre *el horizonte de expectativas y el espacio de experiencias* dentro del cual vivimos. Ver cómo se relacionan ambos es enormemente importante... El espacio de experiencias es lo que somos: nuestra realidad en todas sus dimensiones. Pero es muy importante caer en la cuenta de que la realidad no es solamente lo que somos, sino lo que queremos hacer con lo que somos. Por eso es capital despertar los deseos dormidos del corazón y plantearnos una verdadera actitud de apertura a lo nuevo para preparar el futuro inmediato, dentro del horizonte definitivo del reinado de Dios. *En todo caso la fuente de legitimidad de cualquier grupo humano está siempre arraigada en la autenticidad o coherencia de sus prácticas de compromiso. Incluso cuando podemos admitir que hay falta de coherencia entre lo que pensamos y decimos, entre nuestras grandes declaraciones y lo pobre de nuestra realidad, ello no compromete, sino que afianza la autenticidad de nuestra vida. Auténticos lo somos, porque sabemos reconocer las incoherencias y seguimos aspirando a lo mejor.*

En esta Carta Pastoral quiero inspirarme en las Meditaciones 195 y 196 de nuestro Fundador para el Tiempo de Retiro, esa mina inagotable que nos descubre siempre nuevas riquezas llenas de actualidad. En efecto, para ser signos vivos de la presencia del Reino, como comunidad de Hermanos consagrados por el Dios Trinidad, debemos ser embajadores y ministros de Jesucristo, participar de su pasión, ser mirados como sus representantes, estar unidos a Él como los sarmientos a la vid, dejarnos llevar por su Espíritu acudiendo a la oración en las dificultades que encontremos, imitando a Jesús Buen Pastor y siguiendo su metodología evangélica. Como pueden ver, estas dos meditaciones nos dan pistas sumamente vigentes y exigentes que me permito comentar.

1. Ser signos vivos de la presencia del Reino: *El reino de Dios está cerca (Mc 1,15)*

Todos conocemos la importancia que en el mundo de hoy se da a la imagen, de tal manera que hoy el sector de la comunicación dirige en gran parte la opinión pública; así, los alimentos y los vestidos, muchas veces tienen la función simbólica de un estilo de vida y lo que importa no es tanto la calidad del producto cuanto su marca. Sabemos, también, que las principales víctimas de un tal sistema son precisamente los jóvenes, y el Fundador ya nos decía que los jóvenes aprenden más por lo que ven que por lo que oyen. Un mundo así, necesita signos que lo desinstalen. Como Hermanos estamos llamados a ser testigos de otro mundo diferente, de una sociedad alternativa basada en los valores del Evangelio, a ser signos de vida, de fraternidad, de esperanza, de futuro, del Reino.

- **Prosiguiendo la misión salvífica de Jesús en la construcción del Reino, como sus representantes: *Son los embajadores y los ministros de Jesucristo (2 Cor 5,20)***

Para ser embajadores y ministros de Jesucristo, como nos invita el Fundador, debemos en primer lugar proseguir su misión; y en el Evangelio encontramos claramente que el centro del mensaje y de la acción de Jesús fue la construcción del Reino. Este término se repite 122 veces en los Evangelios, de las cuáles 90, en boca de Jesús. Jesús expresó lo que es el Reino en su mensaje programático en la Sinagoga de Nazaret y en la respuesta que posteriormente dio a los discípulos de Juan (Lc 4,18-19; Mt 11,3-5). El Reino es la superación de todas las alienaciones humanas, la destrucción de todo mal, físico o moral, del pecado, del odio, de la muerte, de la desunión, de las desigualdades y marginaciones. Se trata del año de gracia del Señor, en el que la ternura del Padre se hace manifiesta. Padre y Reino son los dos grandes amores de Jesús y las finalidades que dirigen y dinamizan toda su vida.

Los milagros de Jesús son una manifestación de la presencia del Reino: los enfermos recuperan la salud, el duelo se convierte en fiesta, la muerte en un sueño, los pecados en gracia. El Reino abarca la totalidad de la realidad, cuerpo y alma, tal como lo intuyó nuestro Fundador al hacernos maestros y no solamente catequistas. Es un orden nuevo que implica la intervención de Dios ya iniciada pero no acabada. El *ya*, pero el *todavía no*. Como nos dice Benedicto XVI en su libro Jesús de Nazaret: *Esta única realidad que*

contiene los múltiples deseos y esperanzas del ser humano, se expresa también en la segunda petición del Padre Nuestro: “Venga a nosotros tu Reino”. El “Reino de Dios” es la vida en plenitud, y lo es porque no se trata de una “felicidad” privada, una alegría individual, sino el mundo en su forma más justa, la unidad de Dios y el mundo.

Se presenta en forma humilde como semilla o levadura, y son los niños, los pequeños y sencillos los que mejor lo entienden. En efecto, el misterio o los secretos del Reino son revelados a ellos, como nos dice Jesús en su oración de acción de gracias al Padre: *Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños* (Mt 11,25). Los tres sinópticos aclararán más adelante que estas cosas, se refieren a los *misterios del Reino de Dios* (Mt 13,11; Mc 4,11; Lc 8,10). Por eso Jesús afirma con fuerza: *les aseguro que si ustedes no cambian o no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos* (Mt 18,3). Una invitación a invertir nuestro papel de maestros y a convertirnos en discípulos de nuestros discípulos. Es consolador y desafiante, al mismo tiempo, lo que nos dice Bernanos: *Todos podemos reconquistar la infancia, pero sólo a través de la santidad*. Y es por eso que podemos hacer nuestra la famosa plegaria del Padre Grandmaison: *Santa Madre de Dios consérvame un corazón de niño, puro y transparente como una fuente*.

La relación entre el Reino de Dios y los niños nos debe llegar profundamente al corazón, a nosotros Hermanos que nacimos para ellos. La actitud de Jesús es paradigma de lo que debemos vivir. En contra de lo que nos propone la psi-

cología, que nos da medios para llegar a ser adultos autónomos tomando distancia del niño que fuimos, toda la vida de Jesús fue volverse cada vez más niño, si entendemos por niño aquél que depende de su padre. Y no solamente en su adolescencia, cuando dice a sus padres: ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre? (Lc 2,49), sino repetidamente a lo largo de su vida adulta Jesús dirá: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra* (Jn 4,34), hasta llegar a afirmar: *no hago nada por mí mismo, sino que, según me enseñó el Padre, hablo. El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que es de su agrado* (Jn 8,28-29). Y no es fortuito que sus últimas palabras hayan sido: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,46). Esta relación con el Padre es uno de los secretos del Reino.

• **Participando en la muerte de Jesús: *Suplo lo que falta a la Pasión de Jesucristo (Col 1,24).***

El Fundador en la Meditación 195 cita este texto de San Pablo invitándonos a *acabar y consumir la obra de nuestra redención* (Med 195,1). Todos, sin duda conocemos la frase de Pascal que nos dice que Cristo está en agonía hasta el final del mundo. No es difícil constatarlo al mirar a los crucificados de nuestro tiempo que prolongan su dolorosa pasión. Y esto es tanto más doloroso, cuanto que muchos de ellos tienen el rostro de los niños y los jóvenes. *Dios se ha desecho en la cruz de las máscaras con las que pretendemos encubrir su rostro: Acto puro, Motor inmóvil, Divinidad inmutable, Poder impasible... En lugar de ello, alocada y escandalosamente* (1 Cor 1,23), *Dios ha puesto al descubierto el verdadero ser divi-*

no como amor al que le duele e incluso le descompone la ingratitud humana: un Dios que llora, suda y sangra haciendo suyo el dolor, el miedo y la desesperación de quienes comparten con Él la condición de víctimas en la tierra (A. Pieris).

Elie Wiesel, en su libro *Noche*, nos cuenta su primera noche en el campo de concentración de Auschwitz. Ante la terrible descripción de la ejecución de un niño, nos comparte sus sentimientos de muchacho judío de 14 años: "*¿Dónde está Dios?; ¿dónde?, preguntó alguien detrás de mí... ¿Dónde está Dios ahora? Y oí una voz dentro de mí que respondía: ¿dónde? Está ahí, colgando de esas horcas...*" Nunca olvidaré esa noche, nos dice el autor, *Nunca olvidaré aquellos momentos que asesinaron a mi Dios y a mi alma y convirtieron mis sueños en cenizas.* François Mauriac, el escritor francés, amigo de Wiesel, en la introducción a su libro nos dice, a su vez, que como creyente podría haberle hablado a su amigo de aquél otro israelita, su hermano, el crucificado, que acaso se pareció al niño ahorcado, cuya cruz ha conquistado el mundo. *Esto es lo que tendría que haber dicho a aquel niño judío. Pero sólo pude abrazarle, llorando.*

Sin duda el sufrimiento de los inocentes es un misterio difícil de entender, pero lo más importante no es tanto explicarlo cuanto el evitar aumentarlo con nuestras acciones u omisiones. Como nos dice el Padre Cantalamessa, capuchino, predicador de la Casa Pontificia: *tampoco basta con no aumentar el dolor inocente; ¡es necesario procurar aliviar el que exista! Ante el espectáculo de una niña aterida de frío que lloraba de hambre, un hombre gritó un día en su corazón a Dios: « ¡Oh Dios! ¿Dónde estás? ¿Por qué no haces algo por esa*

pequeña inocente?». Y Dios le respondió: «Claro que he hecho algo por ella: ¡te he hecho a ti!».

Desgraciadamente sabemos que hoy las formas que puede asumir la violencia contra los niños son múltiples; por ejemplo trabajo forzado, matrimonio obligado o enrolamiento militar. *L'Osservatore Romano* del 31 de octubre del año pasado nos hablaba de más de 250 mil niños y niñas «soldado». De 275 millones de niños que cada año asisten a episodios de violencia doméstica («con consecuencias psicológicas devastadoras que pueden marcarles de por vida»). De 218 millones de niños obligados a trabajar -por lo tanto, sin posibilidad de dedicarse al estudio-; de más de 126 millones utilizados en actividades peligrosas y, por lo tanto, intrínsecamente violentas; en particular 5,7 millones de niños forzados a trabajar como pago de deudas, 1,8 millones involucrados en prostitución y pornografía, y 1,2 millones víctimas del tráfico de menores con tal fin. Esto no puede dejarnos indiferentes, a nosotros que gracias al Hermano John Johnston, hemos hecho de la defensa de los derechos del niño una bandera.

La realidad de los jóvenes no es menos preocupante. Este año, en el Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, el Papa nos ha hecho presente la situación de tantos jóvenes que se ven obligados a emigrar y vivir lejos de sus familias y de sus países, viviendo la dificultad de una doble pertenencia: no perder su cultura y al mismo tiempo insertarse en una nueva realidad. Y el Papa hace una referencia explícita a la escuela: *No hay que descuidar, sin embargo, el esfuerzo que los jóvenes deben realizar para insertar-*

se en los itinerarios educativos vigentes en los países que los acogen. El mismo sistema escolar, por tanto, debería tener en cuenta su situación y prever, para los jóvenes inmigrados, caminos específicos formativos de integración, apropiados a sus necesidades. Será muy importante, también, tratar de crear en las aulas un clima de respeto recíproco y diálogo entre todos los alumnos, sobre la base de los principios y valores universales que son comunes a todas la culturas. El empeño de todos, docentes, familias y estudiantes contribuirá, ciertamente, a ayudar a los jóvenes migrantes a afrontar del mejor modo posible el desafío de la integración y les dará la posibilidad de adquirir todo aquello que puede ser provechoso para su formación humana, cultural y profesional.

Otra situación que prolonga la pasión de Jesús en el mundo, es la crisis alimentaria que se ha puesto en evidencia en los últimos meses. De acuerdo a la organización internacional Acción Contra el Hambre, la crisis alimentaria que emerge del cuantioso aumento en el precio de los alimentos básicos, afectará de manera cruda y cruel a más de 850 millones de personas, esencialmente en África, Asia y el Caribe, que son las que sufren hambre, en medio de la abundancia y el derroche de recursos que se permite el mundo altamente desarrollado.

Es más, el mismo Banco Mundial, a través de su actual presidente, Robert Zoellick, pidió una acción coordinada y global para contrarrestar los efectos de la crisis alimentaria, ya que, el aumento de precios en los alimentos está generando desabastecimiento, hambre y desnutrición alrededor del mundo. Según la propia institución son 33 países en el

mundo los que afrontan la posibilidad de una crisis social y política debido a los elevados precios de los alimentos y la energía. Esta situación ha llevado al secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-Moon, a sostener que temía una "crisis en cascada" que afectará al crecimiento y a la seguridad del mundo si la crisis de los precios de los alimentos "no es gestionada de forma correcta y urgente". (Cf. *Hambre en el mundo 2008*, Internet).

Pero es el mismo Benedicto XVI que hace un llamado a nuestra conciencia. En el Ángelus del 25 de mayo de este año decía: *La Eucaristía es escuela de caridad y de solidaridad. Quien se alimenta con el Pan de Cristo no puede quedar indiferente ante quien, incluso en nuestros días, carece del pan cotidiano. Muchos padres logran a duras penas encontrarlo para sí y para sus niños. Es un problema cada vez más grave, que le cuesta resolver a la comunidad internacional. La Iglesia no sólo reza "danos hoy el pan de cada día", sino que, siguiendo el ejemplo del Señor, se compromete de todas las maneras por "multiplicar los cinco panes y los dos peces" con innumerables iniciativas de promoción humana, compartiendo lo imprescindible para que a nadie le falte lo necesario para vivir.* Nos podríamos preguntar, pues, ¿qué podemos hacer a nivel de comunidades y a nivel de obras educativas para mitigar, al menos en una mínima parte, el hambre de tantas personas, entre las cuáles, la mayor parte aquí también son niños y jóvenes?

Continuar la pasión de Cristo es una misión que nuestros Hermanos mayores pueden realizar de una manera muy eficaz. Saber unir los sufrimientos de las limitaciones que vienen con los años, o de la enfermedad con sus achaques y

malestares, o ver disminuir las posibles actividades, es una forma de participar en la pasión salvadora de Cristo y de unirse espiritualmente a todos aquellos que activamente a partir del carisma lasallista, entregan día a día su vida en favor de los niños y de los jóvenes. Aún cuando muchas veces puedan venir a nuestros labios las palabras del Salmo 22: *¿Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado?* Sabemos que Él las pronunció primero. Como nos dice Dorothy Sayers: *Por alguna razón, Dios decidió hacer al hombre como es, limitado y sufriente, sujeto al dolor y a la muerte, y tuvo la honestidad y el valor de tomar su propia medicina. Sea cual sea el juego al que juega, con su creación, él respeta las normas y juega limpio.*

Como lo experimentamos personalmente, nadie es inmune al sufrimiento, que puede manifestarse en las dudas de si vale la pena seguir o en el sinsentido de la vida que experimentan algunos Hermanos jóvenes o en la frustración de un trabajo o en una misión que parece no alcanzar su cometido y que acongoja a otros Hermanos de mediana edad. Ésta puede ser también una participación en la pasión de Jesús. El escritor inglés Edward Shillito ante la tragedia de la Primera guerra mundial, nos habla de una experiencia semejante y en dónde encontró la fuente de la paz: *Nos duelen nuestras heridas ¿dónde hallaremos el bálsamo? Señor Jesús, por tus llagas pedimos misericordia. Si estando cerradas las puertas, te acercas a nosotros, no has de hacer sino mostrar las manos y ese costado tuyo. Hoy día sabemos lo que son las heridas, no temas; muéstranos tus llagas, conocemos la contraseña... a nuestras heridas sólo las heridas de Dios pueden hablarles y sanarlas y no hay Dios alguno que tenga heridas, ninguno más que Tú.*

Muéstranos las heridas, conocemos la contraseña.

Pero la Pasión y Muerte no son la última palabra. Jesús resucitó. Esta realidad central de nuestra fe hace posible que rescatemos la esperanza y la utopía de un mundo mejor, de una Iglesia más evangélica, de un Instituto abierto al sople del Espíritu, de una misión lasallista capaz de mover el corazón de los jóvenes. Por eso podemos apostar por el proyecto de Jesús. *Jesús enseñó una mística de los ojos abiertos, una mística del deber absoluto de asumir el sufrimiento de los demás... La autoridad de Dios se manifiesta en la autoridad del que sufre, en primer lugar del que sufre inocentemente e injustamente, en aquella autoridad en la cuál Jesús, en la parábola del juicio final, ha puesto la historia entera de la humanidad: Señor ¿cuándo te hemos visto sufriende?... En verdad te digo: todo lo que has hecho por uno de estos más pequeños lo has hecho conmigo (Mt 25)... en esta mística de la compasión se verifica dramáticamente el encuentro con la Pasión de Cristo. Aquí tiene lugar el seguimiento, el seguimiento del Cristo sufriende, o de lo contrario éste no tendrá lugar (J. B. Metz).*

• **Siguiendo su metodología evangélica: He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia (Jn 10,10)**

Al leer el punto segundo de la Meditación 196, me ha llamado poderosamente la atención la manera como el Fundador nos invita a leer el Evangelio a partir del ejemplo de Jesús. Llamados a ser sus *colaboradores*, debemos seguir su metodología. El Fundador nos dice que debemos reparar en *el modo y en los medios de que Él se sirvió para mover a sus dis-*

cíbulos a practicar las verdades evangélicas (Med 196,2).

Y para esto nos propone cuatro maneras concretas. La primera, es lo que hoy llamaríamos en palabras de Metz, *recuerdos peligrosos*, o si queremos, el aspecto contracultural que muchas verdades evangélicas encierran. Así, las bienaventuranzas que tomadas en serio pueden parecernos una auténtica locura y que contradicen lo que la sociedad consumista de hoy nos presenta como deseable. La segunda, es la de las dos vías, la del pecado que conduce a la muerte y la de las virtudes que nos abre el camino hacia Dios; virtudes, nos dice el Fundador, como la mansedumbre y la humildad que encontramos encarnadas en Jesús. La tercera, moviéndonos hacia una justicia que no puede contentarse con las apariencias externas, como la de los escribas y fariseos, sino que debe brotar de lo más profundo de nuestro ser. Y, finalmente, y en contraposición a las bienaventuranzas, el Evangelio nos pone en guardia advirtiéndonos en dónde no poner nuestro corazón.

Esta lectura didáctica del Evangelio que nos propone nuestro Fundador, nos hace recordar el papel central que la Escritura debe tener en nuestras vidas de Hermanos, particularmente el Evangelio, que en palabras del Fundador debe ser nuestra primera Regla. Este año hemos celebrado el Sínodo sobre la Palabra de Dios. Una invitación a recuperar esta mediación fundamental de nuestra búsqueda de Dios y de la escucha de su Voluntad.

Y la voluntad, el designio último, la intención motivadora de Jesús siempre fue, como nos lo recuerda el Fundador,

que todos tengan vida y vida en abundancia (Jn 10,10), porque es Voluntad del Padre que no se pierda ninguno (Mt 18,14). Palabras que nos hacen recordar los ecos lejanos del libro de la Sabiduría: *Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado... A todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida* (Sab 11,21s).

Seguir la metodología evangélica de Jesús es tener, como él, una inmensa capacidad admirativa ante los más pequeños signos de vida que vamos encontrando por nuestro camino. Jesús ante un acto de virtud, aún mínimo se entusiasma y siente la necesidad casi explosiva de expresar su admiración, como nos dice el jesuita italiano Giovanni Blandino. Así ante la fe humilde de la cananea: *¡Mujer, qué grande es tu fe!* (Mt 15,28); ante el centurión romano, admirado, dice a la gente: *Les digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande* (Lc 7,9); tampoco oculta su admiración ante la pecadora en casa de Simeón: *Te aseguro que si ella da tales muestras de amor es que le han sido perdonados sus muchos pecados* (Lc 7, 47), y no le pasa desapercibida la viuda que echa su limosna en el templo: *Les aseguro que esa viuda pobre ha echado en las arcas más que todos los demás* (Mc 12,43); y en medio de la agonía, da esperanzas al ladrón arrepentido: *Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,43). Y esto no tanto por el valor moral de tales actitudes sino, sobre todo, por el inmenso amor que Él tiene por cada persona.

Ante esta maravillosa realidad, cuán verdaderas resultan las

palabras de los Obispos latinoamericanos en su reciente Asamblea de Aparecida: *La historia de la humanidad, a la que Dios nunca abandona, transcurre bajo su mirada compasiva. Dios ha amado tanto nuestro mundo que nos ha dado a su Hijo. Él anuncia la buena noticia del Reino a los pobres y a los pecadores. Por esto, nosotros, como discípulos de Jesús y misioneros, queremos y debemos proclamar el Evangelio, que es Cristo mismo. Anunciamos a nuestros pueblos que Dios nos ama, que su existencia no es una amenaza para el hombre, que está cerca con el poder salvador y liberador de su Reino, que nos acompaña en la tribulación, que alienta incesantemente nuestra esperanza en medio de todas las pruebas. Los cristianos somos portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras* (nº29). La pregunta obligada que nos podríamos hacer Hermanos es: ¿con quién nos identificamos en nuestro ministerio, si somos para los jóvenes portadores de buenas noticias o profetas de desventuras?

La metodología evangélica de Jesús nos debe llevar también a no separar jamás Palabra y Vida. Y en esto tenemos un maravilloso ejemplo en la vida y espiritualidad de nuestro Fundador, que siempre supo iluminar con la Palabra la realidad histórica, que era también para él, lugar teologal en donde Dios se le manifestaba. Podríamos decir que Palabra y Vida son las dos coordenadas lasallistas de nuestra búsqueda de Dios, de su plan salvífico y de nuestro carisma. Sin duda por esto nuestro último Capítulo General nos impele con fuerza a un encuentro cotidiano con el Pan y la Palabra, aclarando que *la Palabra de Dios... no está encerrada en la Escritura sino que está libre y activa en la vida de los pueblos y las personas... Nuestra oración cotidiana tendrá que desarrollarse, entonces,*

como un ejercicio de lectura orante de la Palabra de Dios. Un tipo de lectura que nos lleva a descubrir, por un lado, la relación religiosa que hay entre la historia y la situación socioeconómica de nuestros pueblos —encarnada en la vida sencilla de la gente con la que vivimos—; y, por otro, las narraciones bíblicas (Cf. MR 1-2 y 6). Y encontrar qué relación tienen ambas con nuestra propia vida de consagrados, asociados para buscar juntos la gloria de Dios en el ministerio educativo y evangelizador. Así, la Escritura será, de un modo renovado, nuestra primera y principal regla (Cf. Regla 6) (Circular 455. p. 13).

En términos semejantes se expresa el *Instrumentum laboris* del Sínodo sobre la Palabra de Dios: *la Palabra de Dios debe ser leída teniendo presente los eventos y los signos de los tiempos con los cuales Dios se manifiesta en la historia. Afirma el Concilio Vaticano II «Para cumplir esta misión [de servir al mundo], es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas» (GS 4). Ella, por lo tanto, inmersa en las vicisitudes humanas, debe «discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios» (GS 11). De este modo, desarrollando a través de todos sus miembros su misión profética, podrá ayudar a la humanidad a encontrar en la historia el camino que la aleja de la muerte y la lleva a la vida. (IL 58).*

El padre Cantalamessa, en una de sus predicaciones de los

Viernes Santos, en la que su voz reemplaza a la del Papa que ese día no predica, decía, citando a Platón, que *para los ancianos son maestros los filósofos, mientras que para los jóvenes, los poetas*; y añadía, que en la actualidad ya no son los poetas, sino los cantautores; no es la poesía, sino la música. Coincido con él y me parece que las palabras de un cantautor guatemalteco, Ricardo Arjona, radicado en México, en relación al Jesús de los Evangelios, son muy pertinentes y siempre me han impresionado y desafiado:

*Ayer Jesús afinó mi guitarra
y agudizó mis sentidos; me inspiró.
Papel y lápiz en mano apunto la canción
y me negué a escribir.
Porque hablar y escribir sobre Jesús es
redundar, sería mejor actuar;
luego, algo me dijo que la única forma de no
redundar es decir la verdad.
Decir que Jesús es acción y movimiento
no cinco letras formando un nombre.
Decir que a Jesús le gusta que actuemos no que hablemos,
decir que Jesús es verbo y no sustantivo.*

Lo anterior me ha llevado a buscar algunos verbos que se repiten en el Evangelio en relación con la persona y la misión de Jesús y he hecho una lista, ciertamente incompleta y subjetiva, pero que nos da una idea de hacia donde debemos orientar nuestra vida de Hermanos y nuestra acción evangelizadora: *llamar, ver, conmoverse, amar, servir, perdonar, enseñar, creer, confiar, orar, cargar, acoger, perder, arriesgar, renunciar, dar, animar, curar, limpiar, abrir, tocar, morir, resucitar...* Cada uno de estos verbos es un verdadero programa de vida. Creo que

conjugarlos vitalmente nos debe llevar a ser *memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús, como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos* (V.C. 22).

- **Intercediendo por nuestros discípulos y por todos aquellos que el Señor nos ha confiado: *Padre... por ellos ruego... por los que tú me has dado, porque son tuyos* (Jn 17,9).**

En la espiritualidad de hoy, a menudo, se tiende a juzgar de manera negativa la oración de intercesión. Posiblemente porque en el pasado se abusó de ella. Pero es una oración auténticamente evangélica y la más hermosa expresión de la misma, es la oración sacerdotal de Jesús que encontramos en el Evangelio de Juan. Allí Jesús encomienda al Padre no sólo a sus discípulos sino también a todos aquellos que por medio de ellos y a lo largo de la historia crearán en Él. (Cf Jn 17,1-25).

Creo que esto justifica plenamente este tipo de oración que por otra parte es el que nos propone el Fundador en la Meditación 196, en la cuál, después de decirnos que cuando tropecemos con dificultades en la educación de nuestros discípulos debemos acudir inmediatamente a Dios para pedirle por medio de Jesucristo el Buen Pastor, su Espíritu, añade: *Así, pues, si queréis tener éxito en vuestro ministerio, debéis aplicaros mucho a la oración, presentando constantemente a Jesucristo las necesidades de vuestros discípulos, exponiéndole las dificultades que hayáis encontrado en su dirección. Jesucristo al ver que lo miráis en vuestro empleo como a quien todo lo puede, y a vosotros como el instrumento que debe moverse sólo por Él, no dejará de concederos lo que le pidáis* (Med 196,1).

La oración de intercesión es eminentemente apostólica. El Padre que en la oración nos dice: ven y experimenta mi amor gratuito, en la misma oración nos dice también: ve, y comparte ese amor con tus hermanos/as, sobre todo con aquellos menos amados. Es una oración que como el Padre Nuestro se mueve entre el Padre y el Reino a través de la mediación de Jesús y con la fuerza de su Espíritu. En este sentido, nos dice muy bien el Catecismo de la Iglesia Católica: *La petición cristiana está centrada en el deseo y en la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf Mt 6,10.33; Lc 11,2.13). Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo, que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica (cf Hch 6,6; 13,3). Es la oración de Pablo, el Apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana (cf Rm 10,1; Ef 1,16-23; Flp 1,9-11; Col 1,3-6; 4,3-4.12). Al orar, todo bautizado trabaja en la Venida del Reino (nº 2632).*

Trabajar por el Reino, nos mete de lleno en la historia de los hombres. No se trata de una evasión ni de una huída sino de un compromiso. La relación con Dios nos impulsa a darnos totalmente a los demás. El Señor no nos retiene, nos envía. Por eso: *Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás (Spe Salvi 33).*

Si la oración de intercesión se mueve entre *el Padre y el Reino* y entre el *ven y va*, también lo hace entre el *absoluto de Dios* y los *límites de la criatura*. Es la afirmación de ese absoluto y el reconocimiento de nuestro ser recibido y dependiente. Pero este absoluto de Dios, lejos de intimidarnos, nos da la capacidad de entregarnos. No se trata del Dios de los filósofos y los sabios, sino del Dios revelado por Jesús. Como nos dice Maurice Zundel: *Es esto lo que Jesús aporta: una nueva visión de Dios, de ese Dios trinitario, de ese Dios cuya vida es una eterna comunión de amor, de ese Dios, que es Dios porque no tiene nada, de ese Dios frágil y amenazado, de ese Dios desarmado que nos espera en el fondo de nosotros mismos... Jesús puede, sin engañarse ni desconocer nuestra debilidad, llamarnos a una grandeza infinita, pero a la manera de Dios: arrancándonos de nosotros mismos, impidiéndonos ser el centro de nuestras miradas, orientándonos hacia este tesoro que está dentro de nosotros, dando un culto, en la vida de los otros, a esta presencia infinita, que los consagra y que les da una dignidad inviolable.*

El cardenal Martini, cuya presencia fue tan significativa en nuestro último Capítulo General, en una conferencia dada el 3 de enero de este año en la Hebrew University de Jerusalén, nos habla de su experiencia personal de la oración de intercesión, en este momento de su existencia ya retirado de la vida activa; y nos confiesa que hoy su principal prioridad es orar incesantemente por sus hermanos y hermanas de Milán a las que sirvió como Obispo, pero también por las personas con las que vive y por todo el mundo. Y la razón que nos da es que el mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo no sólo debemos vivirlo en la acción sino

también en la oración. Creo que esto puede inspirarnos a todos, pero de una manera especial a nuestros Hermanos mayores, ya retirados de la acción apostólica, a continuar su misión de otra manera no menos eficaz y necesaria. Con profunda humildad nos comparte: *Naturalmente sé que mi oración es muy pobre y a menudo negligente y con múltiples distracciones. Un pequeño riachuelo que confluye en el gran río de intercesión de la Iglesia y de las personas buenas de toda la humanidad. Este gran río de intercesión, a su vez desemboca en el océano de la intercesión de Cristo, que vive siempre para interceder* (Heb 7,25; Rom 8,34). *Así mi pequeña intercesión es parte de un inmenso océano de oración en el que el mundo es inmerso y purificado.*

2. En comunidad de Hermanos consagrados por el Dios Trinidad: Somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros (Rom 12,5).

Buscar la gloria de Dios, procurar la gloria de la Trinidad como objetivo final de nuestra vida de Hermanos, es una idea recurrente en las Meditaciones del Fundador. Aprovechando el Buscar de Word he encontrado que la idea se repite 17 veces. Por consiguiente el encabezado de nuestra fórmula de votos, heredado de nuestros orígenes fundacionales, no es fortuito. En muchos de estos textos encontramos un eco familiar del mismo. Para el Fundador era claro que consagrados en comunidad por/para el Dios Trinidad debemos procurar su gloria a través de nuestra asociación para el servicio educativo y evangelizador de los jóvenes pobres y a partir de ellos de todos los jóvenes. Así nos dice:

Vuestra profesión os obliga a enseñar a los niños la ciencia de la salvación, y a realizarlo con absoluto desinterés. ¿Os dedicáis a ello con la sola mira de procurar la gloria de Dios y la salvación eterna del prójimo? Protestad ante Dios que no tendréis nunca más intención que ésa (Med 108,2). Y en la Colección nos llega a decir al comentar la virtud de la Fe, que *nuestra primera preocupación sea estar siempre dispuestos... a sacrificar todo honor, salud y vida por la gloria y los intereses de Dios* (CT 15,1,2). Sabemos muy bien que la gloria y los intereses de Dios son *que todos tengan vida y que no se pierda ninguno*. Sería interesante plantearnos cuáles son los intereses prioritarios de nuestras comunidades y si responden a este ideal evangélico que nos presenta el Fundador. ¿Es para nosotros una realidad, como lo pide el Fundador, que no debemos vivir en comunidad *más que para llevarnos unos a otros a Dios* (Med 113,2)?

No sólo personalmente, sino comunitariamente estamos llamados a participar de la muerte de Jesús, a seguir su metodología evangélica, a interceder por nuestros discípulos y por todos aquellos que en un momento u otro de la vida han estado o están presentes en nuestro itinerario, sin olvidar las necesidades del mundo. Y para esto en las dos meditaciones que desarrollamos, encontramos tres medios privilegiados.

- **En sinergia compartida en el corazón de Cristo:
Yo soy la vid, ustedes los sarmientos (Jn 15,5)**

¿Cómo podemos llevarnos unos a otros a Dios? En la misma Meditación 113, el Fundador nos dice que para lograrlo debemos *estar unidos en Dios y no tener más que un*

mismo corazón y un mismo espíritu (Med 113,2). Esto es también lo que nos propone al invitarnos en la Meditación 195 a estar unidos a Jesús en nuestro ministerio, como los sarmientos a la vid. Unidos a Jesús en nuestro ministerio, para que sea eficaz; unidos a Dios en comunidad para testimoniar, la centralidad del amor en nuestras vidas.

El Fundador en la Explicación del Método de Oración, cita el texto evangélico de la vid y los sarmientos al hablar de la presencia de Dios en medio de los Hermanos y después de pedir la gracia de tener íntima unión de espíritu y de corazón entre ellos, termina solicitando a Jesús, como en el Cenáculo los apóstoles, que les envíe su Espíritu para dirigirse por Él y así participar de su celo en la instrucción de los jóvenes encomendados a su ministerio. Amor a Dios, amor entre los Hermanos, amor a los jóvenes. Lo nuestro es ante todo amar.

El Padre Radcliffe en un hermoso ensayo sobre la Eucaristía y la Vida Religiosa, cita al benedictino irlandés Mark Patrick Hederman que escribió, *el amor es el único ímpetu que es suficientemente desbordante como para forzarnos a abandonar el confortable refugio de nuestra bien armada individualidad, despojarnos de la impenetrable concha de autosuficiencia, y salir gateando desnudos a la zona de peligro que está más allá, el crisol donde la individualidad es purificada para hacerse persona*. Y comenta: *Solamente el amor rompe nuestra dureza de corazón y nos da corazones de carne*.

Ya San Pablo nos había dicho que lo que cuenta es la fe activa en la práctica del amor (Gal 5,6). Estamos llamados a

vivir una fe configurada por el amor y un amor configurado por la fe. Y es que Jesús *puso al revés las relaciones entre Dios y los hombres tal como habían sido dirigidas por la tradición religiosa... La gran revolución de Jesús es haber abierto a los hombres otra vía de acceso a Dios diversa de lo sagrado: la vía profana de la relación al prójimo.* (J. Moingt, *El Hombre que venía de Dios*).

La Trinidad, cuyas relaciones y unión debemos reproducir en el día a día de nuestra comunidad, es ante todo misterio de amor. Dios Padre, *Abba*, es la revelación fundamental que nos hace Jesús, el centro de su mensaje. El Padre que se revela como ternura y misericordia. Dios Hijo, Jesús, el amor hecho carne, que no se cansa de repetirnos que nos debemos amar los unos a los otros y que entrega su vida por amor. Dios Espíritu, Amor, que unifica nuestro ser y nos abre incondicionalmente a los demás. Lo esencial del Evangelio se reduce al amor. Y es inequívoca la respuesta de Jesús cuando le preguntan qué es lo más importante. Por eso podemos hacer nuestro el deseo vehemente del Fundador, cuando nos dice: *Instad, pues, al Dios de los corazones, que del vuestro y del de vuestros Hermanos forme uno solo en el de Jesús* (Med 39,3).

Hermanos, cuando en comunidad hemos experimentado el amor de nuestros Hermanos y hemos tratado de corresponder, posiblemente hemos vivido en esos momentos una presencia muy especial del Señor que acompaña nuestro caminar. Es una experiencia que no debiéramos nunca dejar de revivir, a pesar de las dificultades que podamos encontrar. Porque si hubo una vez fuego, la llama puede siempre renacer. En este sentido podemos interpretar el hermoso pen-

samiento de Albert Camus: *No ser amado es una desgracia; no saber amar, una tragedia. Cuando se ha tenido una vez la dicha de amar intensamente, se emplea la vida en buscar de nuevo aquel ardor y aquella luz.*

• **Inquietudes comunitarias: No teman pues, porque valen más que muchos pájaros (Mt 10,31).**

El hombre es un ser interrogativo o más bien, una permanente interrogación. Como decía, con mucha profundidad el Padre Arrupe, cuya figura se acrecienta con los años, *la grandeza del hombre radica en la incapacidad de fijar límites a su propia índole interrogativa, el ser él mismo pregunta e interrogante... No existe ninguna experiencia de Dios que apague por entero esta nuestra condición de seres preguntantes, inquietos, insatisfechos con la realidad que nos va configurando. Ni hay motivo para ocultar angustiosamente que nuestra experiencia de Dios es así interrogativa, abierta y problemática... Lo importante es que sepamos hacer de esas personalísimas reacciones, nacidas de lo más profundo de nosotros mismos, una auténtica experiencia de Dios hecha de interrogantes y silencios; interrogantes que no juzgan, sino que piden humildemente y silencios que esperan (Pedro Arrupe SJ).*

Estas interrogaciones inherentes a nuestra naturaleza y fomentadoras de búsquedas, de creatividad y de progreso, no se limitan al ámbito personal. Hoy comunitariamente nos cuestionamos y planteamos serios interrogantes y a veces más de una duda. Mark Taylor comentando el pensamiento del filósofo Jacques Derrida, nos dice: *Las grandes tradiciones religiosas son profundamente perturbadoras porque cuestionan la cer-*

teza y la seguridad. Una fe no atenuada por la duda puede convertirse en peligrosa moralmente. Afortunadamente, él también nos enseña, que lo contrario de la fe ciega, no es la increencia sino una forma diferente de creer, que abraza la incertidumbre y nos permite respetar a otros, a los que no entendemos.

Tengo la impresión que las cuestiones que hoy nos hacemos, en general tienen que ver más con el hacia dentro de nuestra vida y el deseo de sobrevivir, que con el hacia fuera de nuestra misión, y nuestro esfuerzo por responder a las necesidades de los jóvenes y del mundo. Creo que vale la pena analizar cuáles son nuestros interrogantes comunitarios. El primer tipo de interrogantes tiende a paralizarnos, el segundo, a actuar, entregarnos, dar la vida gratuitamente.

Mons. Amadée Grab, OSB, Presidente de la Conferencia Episcopal Europea, decía en el Simposio de la vida consagrada (Roma, septiembre, 2005): *Llevamos cuestionándonos desde hace años: ¿por qué disminuye el número de vocaciones a la vida consagrada en diferentes países europeos?, ¿cuál es la causa de tantas deserciones?, ¿cómo afrontar el fenómeno del envejecimiento en nuestras comunidades?, ¿cómo soportar el peso de un trabajo pastoral que siempre nos desborda?, ¿cómo salvar la dimensión contemplativa?, ¿por qué tanto cansancio?, ¿cómo reestructurar y redimensionar las obras?, ¿qué hacer con los edificios ya obsoletos?, ¿cómo agrupar órdenes religiosas incapaces de autogestionarse?, ¿cómo esperar vocaciones a la vida consagrada de familias sin hijos o, a lo sumo, monoparentales?, ¿cómo inventar una nueva pastoral vocacional y presentar esta vocación con aspecto atrayente?, ¿es normal que una orden religiosa, concluida su misión, desaparezca?, ¿la vida consagrada tiene*

algún futuro?. Estas preguntas son tan legítimas como importantes, pero no constituyen la única prospectiva. Es más, detenernos exclusivamente en dichas cuestiones corre el riesgo de encerrarnos sobre nosotros mismos hasta hundirnos. (CIVCSVA, *Perfectae Caritatis, Cuarenta años*, PCI, Madrid, 2006, 297). Algo semejante nos decía el fundador de la Comunidad de San Egidio, Andrea Riccardi, en una de las Asambleas de la USG (Unión de Superiores Generales).

Y pienso particularmente en nuestros Hermanos jóvenes y me pregunto ¿Cómo les abrimos horizontes para encontrar sentido a sus vidas? ¿Cómo avivamos el fuego interior que les anima en su compromiso en favor de la justicia y en el servicio de los pobres? ¿Cómo saciar la sed que les afecta en su búsqueda espiritual? ¿Cómo les ayudamos y con qué autoridad moral, a desinstalarse cuando sus intereses, si es el caso, se reducen a la búsqueda de valores de pequeño cabotaje y a una felicidad a bajo costo?

Nuestros cuestionamientos e interrogantes deben dirigirse de preferencia a la misión, deben focalizarse en el servicio, en la entrega creativa; en la apertura a las necesidades del mundo y de la Iglesia; en la ingeniosidad y disponibilidad para unir fuerzas con otros religiosos o seculares para llevar proyectos comunes en favor de los jóvenes, de los pobres, en defensa de los derechos del niño y la justicia; en nuestro esfuerzo por colaborar con todas las personas de buena voluntad para resolver los grandes problemas que aquejan hoy a tantos de nuestros semejantes, como la emigración, el hambre, la falta de afecto, las nuevas pobrezas y las anti-guas; en facilitar el diálogo de la vida con otras religiones

para asegurar la paz y defender los valores que dan sentido a la existencia humana. Y esto, ¿no es fundamentalmente buscar *el Reino de Dios y su justicia*, sabiendo que todo lo demás se nos dará *por añadidura*? ¿No estaremos, muy a menudo, focalizando nuestros cuestionamientos en esta añadidura y descuidando lo esencial que es colaborar en la construcción del Reino?

Lo primordial no es saber si vamos a sobrevivir, lo más importante es saber si estamos contribuyendo a la creación de un mundo más humano, a partir de los valores evangélicos. Lo importante es explotar el dinamismo de nuestro carisma fundacional sabiendo correr riesgos y mirando hacia delante. Lo más importante no es saber si tendremos futuro, lo más importante es que nuestro presente tenga sentido, que nuestra vida valga la pena, que muchos, gracias a nosotros descubran el rostro del Padre y su ternura maternal, que el Evangelio sea predicado a los pobres y que los jóvenes encuentren en nosotros el apoyo que necesitan. No es otra la finalidad que el Fundador nos propone en la Meditación 196, cuando al recordarnos que nuestra misión es dar vida y darla abundantemente, añade: *Esa debe ser también vuestra intención cuando instruíis a vuestros discípulos, procurar que vivan vida cristiana, y que vuestras palabras sean para ellos espíritu y vida* (Med 196,3).

- **Sintonizando juntos con la realidad de hoy:
*Vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella... y empezó a enseñarles (Mc 6,34).***

Lo peor que nos pueda pasar a los creyentes es vivir como si

Dios nunca pudiera sorprendernos. (Rowan Williams, Arzobispo de Canterbury). Por eso es importante que sintonicemos juntos la realidad de hoy y que estemos abiertos al soplo del Espíritu, de ese Espíritu que como nos recuerda el Fundador en la Meditación 195, *ilumina a todo hombre que viene al mundo* (Jn 1,9), y que nos hace instrumentos dóciles en favor de nuestros discípulos, *para moverlos a amar a partir de nuestras enseñanzas.* Moverlos a amar en un mundo marcado muchas veces por el desamor y la indiferencia y en el que a menudo debemos realizar un papel substitutivo de un hogar que ya no existe o está en pedazos.

Ciertamente el mundo de hoy nos presenta serios problemas. Siento que nos ha tocado vivir en un momento difícil de la historia humana, pero también es un momento fascinante en que estamos abriendo nuevos caminos y sabemos que el Señor, aunque parezca que duerme, nos acompaña en la barca. A pesar de todo, debemos estar convencidos, como nos dice Sheila Cassidy, que *aunque el odio ascienda en envoltente llama con cada nueva opresión, pronto muere. Se hunde tan rápidamente, como le vimos surgir, mientras que la pequeña y constante luz del amor sigue ardiendo inmovible. Y es que, aunque el amor sea débil y el odio intenso, sin embargo, el odio es breve, y el amor muy largo.*

La actitud de Jesús es programática: ver la realidad, conmoverse y actuar. Creo que esto también es parte de la metodología evangélica que debemos seguir. Como nos dice el Fundador en la meditación 196, citando a San Juan: *Jesucristo hablando a sus apóstoles, les decía, que les había dado ejemplo, para que hiciesen como había hecho él mismo* (Med 196,2).

- *Ver la realidad*, significa estar al día con lo que pasa en nuestro mundo, leer los periódicos y ver o escuchar los noticieros, no por mero afán de curiosidad, sino para descubrir el paso de Dios en nuestra historia. Y esto no de una manera teórica o lejana, debemos tocar esa realidad y hacer que los jóvenes que educamos la toquen también. Sin experiencias concretas, las más grandes verdades se convierten en humo.
- *Conmoverse*, significa hacer nuestro el dolor de nuestros semejantes, por ejemplo, de esos cientos de emigrantes que en los últimos meses han muerto ahogados en el Mediterráneo, cuando buscaban un destino más digno para ellos y sus familias. Conmoverse, es sufrir-con, es, ser sensible a toda forma de injusticia, de pobreza, de sufrimiento. Conmoverse, es sentir el corazón herido cuando vemos que hay tantos niños y jóvenes que viven situaciones absurdas e inhumanas. Jesús no tuvo temor en manifestar sus entrañas compasivas, ante la multitud que estaba como ovejas sin pastor (Mc 6,34), ante le viuda de Naín que enterraba a su hijo único (Lc 7,13), ante Lázaro su amigo, conmoción hasta las lágrimas (Jn 11,35)...
- *Actuar*, es el último paso y el más importante. Sin el actuar el ver y el conmoverse se reducen a buenas intenciones y sensiblería. Se trata de ir a las últimas consecuencias siendo como Jesús, un hombre-para-los-demás, y saliendo de nosotros mismos y de nuestros intereses personales. Aquí debemos situar la gratuidad que tanto sentido tiene en la espiritualidad y pedagogía lasallistas. Como nos dice Benedicto XVI, *La relación con Dios se establece a través de la comunión con Jesús, pues solos y únicamente con nuestras fuerzas no la podemos alcanzar. En cambio, la relación con Jesús es*

una relación con Aquel que se entregó a sí mismo en rescate por todos nosotros (cf 1 Tm 2,6). Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser “para todos”, hace que éste sea nuestro modo de ser. Nos comprometemos en favor de los demás, pero sólo estando en comunión con Él podemos realmente llegar a ser para los demás, para todos (Spe Salvi 28).

3. Iconos lasallistas: El Reino de Dios ya está entre ustedes (Lc 17,21).

Una de las mayores riquezas de nuestra espiritualidad lasallista, heredada de nuestro Fundador, que la vivió con una fuerza excepcional es la invitación que nos hace a descubrir a Dios en la realidad. Ese Dios de los mil rostros que siempre nos sorprende. La expresión, *con los ojos abiertos y el corazón encendido*, acuñada por nuestro último Capítulo General, en realidad no es algo nuevo para nosotros, es una manera sugestiva de sintetizar una tradición secular que nos caracteriza.

• África

Este año he tenido la gracia de visitar el continente africano y de descubrir mejor algunos de esos rostros divinos que hoy nos interpelan: el Dios de los pobres, el Dios de la fiesta, el Dios de los niños, el Dios de los sencillos, el Dios del canto y de la sonrisa.

Como se lo he dicho a los Hermanos africanos, visitar su continente ha sido siempre para mí, en estos años, una invitación a volver a lo esencial. Hay tantas cosas que tienden

a distraernos, disiparnos, dispersarnos... Cuando se es testigo de la lucha por la vida, por el mínimo necesario, por la dignidad humana, muchas de nuestras construcciones intelectuales y de nuestras necesidades reforzadas por el consumismo, tienden a caer. Por eso estoy convencido que África es para nosotros un icono muy especial en el que el Reino de los cielos ciertamente está presente con la potencialidad del grano de mostaza aunque las apariencias parezcan opacararlo.

El músico británico Peter Gabriel decía que *si el mundo pudiera tener un padre, el hombre que elegiríamos para que lo fuera sería Nelson Mandela*. Todo un símbolo y un canto al amor, a la dignidad humana, a la justicia y al perdón. El Instituto en África a través de la educación humana y cristiana está prestando un servicio enorme al desarrollo del continente y ojalá de nuestras aulas pudieran salir hombres y mujeres con los ideales y la fortaleza de Mandela. Al volver a Roma después de cada una de las tres visitas, pensaba que sería una pérdida irreparable si no explotáramos al máximo el caudal que tenemos entre manos. Porque la realidad nos urge a actuar, África debe ser para el Instituto una prioridad y el asegurar su futuro un permanente desafío que está sobre todo en las manos de nuestros Hermanos, asociados y colaboradores africanos a los que debemos dar la palabra, más que hablar por ellos.

En el año 2009 se celebrará la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de Obispos, cuyo título programático es: *La Iglesia en África al servicio de la Reconciliación, de la Justicia y de la Paz*. En los *Lineamenta* preparatorios de

esta Asamblea se nos presentan los graves problemas y las muchas esperanzas ante los que nos abocamos ante la realidad africana. De una parte nos dice: *En la mayoría de los países africanos, a pesar del progreso recientemente alcanzado, el índice de alfabetización continúa siendo entre los más bajos del mundo. En muchos lugares, el sistema de educación se va deteriorando constantemente, el sistema de salud está en desorden, y la seguridad social es todavía inexistente. Con la ausencia de orden los débiles son siempre los que están más amenazados. De la misma manera, en el área de la demografía, uno no debe callar ante el desequilibrio entre una población que está evidenciando una tasa record de crecimiento anual, y los recursos que se mantienen no solo siendo inutilizados, sino totalmente agotados. Los inmensos recursos de África están en contraste directo a la miseria de sus pobres* (15). Por otra parte, sabemos, que por desgracia, los dos fenómenos que he señalado anteriormente, la emigración y la crisis alimentaria están especialmente presentes en muchos países de este continente.

De otra, *los signos esperanzadores del renacimiento de un cristianismo fructuoso y dinámico y el advenimiento de sociedades nuevas son cada vez más evidentes, a saber, el aumento notable en África del número de católicos, sacerdotes y personas consagradas; el número creciente de misioneros africanos dentro y fuera del continente, y la creación de una plataforma de consulta continental para ellos; la vitalidad de las liturgias africanas y de comunidades eclesiales vivientes; la creación y restauración de las diócesis y de los territorios eclesiales; el papel creciente de la Iglesia en la promoción del desarrollo del continente, especialmente en la educación, salud, la lucha en la aparición de estados constituidos legalmente en todas partes del*

continente africano; y, finalmente, a pesar de su debilidad, la gran credibilidad que la Iglesia continúa disfrutando entre los pueblos africanos (6). El hecho es que de 1978 a 2004, el número de los Católicos Africanos ha pasado 55.000.000 a 149.000.000, de acuerdo a los datos aparecidos en el Anuario Pontificio.

En lo que respecta a nuestro Instituto, los desafíos y las esperanzas están también presentes. A cada uno de los Distritos, al Subdistrito y a la Delegación que actualmente contamos en la Región ha sido enviada una carta, después de la visita, señalando unos y otras, y hemos concluido la visita con el Encuentro de todo el Consejo General con los Visitadores de la RELAF, en el que hemos podido sintetizar estas esperanzas y estos desafíos. Aquí me contento con señalar los signos de vida y las experiencias que más me han impactado, y en las que reconozco el paso de Dios y me descubren, en el Jesús que mira a las multitudes y se compadece de ellas y multiplica el pan y los peces para alimentarlos, el mejor icono evangélico de África hoy. De nuevo ver, sentir compasión y actuar.

• **Hermanos jóvenes**

Sin pretender abarcar toda la realidad pienso en los Hermanos jóvenes y en el esfuerzo, que debe ser prioritario, de proporcionarles una formación de calidad. Me ha llamado la atención su capacidad, sus preocupaciones educativas, las responsabilidades que van asumiendo, su deseo de servir, su ilusión en las experiencias apostólicas, particularmente en la catequesis. Las Casas de formación que a nivel regional o

distrital tenemos, fruto del esfuerzo de los últimos años, representan para nosotros una gran esperanza y una prioridad. Pero quisiera recordar especialmente la vivencia que tuve en uno de los Noviciados, en donde los novicios en un ambiente de profunda espiritualidad y silencio contemplativo, dedican media hora al inicio del día a su oración mental, ésta se refleja después en su alegría celebrativa, en su fraternidad sentida, en la seriedad de sus estudios y no más salir de la capilla, en un saludo fraternal a cada Hermano. Ciertamente, el sentido de lo sagrado, tan arraigado en esos pueblos, no se identifica con la espiritualidad, pero puede ser un estímulo para la misma. En este campo África puede aportar mucho a todo el Instituto.

• **Nuestros empleados**

Me han impresionado también, a lo largo de la visita, muchas de las personas que atienden las necesidades de nuestros Hermanos en las comunidades. A veces estas personas pasan desapercibidas, pero creo que deben tener un puesto de honor en nuestros corazones. Su sencillez, su espíritu de servicio y de sacrificio, su atención cariñosa y sobre todo una fidelidad a toda prueba son excepcionales. Muchos de ellos llevan largos años trabajando con nosotros. No siempre, debido a la estrecha situación económica, reciben el salario que merecerían, pero siempre están ahí, atentos, disponibles, humildes, respetuosos, serviciales. Ciertamente, merecen todo nuestro aprecio y son para nosotros motivo de alabanza, como un día lo hizo Jesús: *Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños* (Mt. 11,25).

• **Los niños y jóvenes africanos**

Finalmente, quisiera decir una palabra sobre los niños y jóvenes africanos, que también a su manera y desde su pequeñez y fragilidad, nos manifiestan el rostro de Dios. África cuenta con un porcentaje de población juvenil que representa posiblemente su más rico potencial. He podido encontrar a miles de ellos en nuestras escuelas primarias, secundarias, técnicas, agrícolas, centros para niños de la calle... La pobreza que generalmente los habita contrasta con la alegría y la sonrisa que los acompaña. Todos merecen ser recordados pero quisiera aquí compartir algunos encuentros que me impactaron particularmente.

Y pienso por ejemplo, en los alumnos de De La Salle Holy Cross-Junior School, de Johannesburgo, más bien de clase acomodada. Guardo un gratísimo recuerdo de la representación evangélica que realizaron con ocasión de la Cuaresma, intercalada con momentos de oración y de silencio. Me pareció ser una hermosa manifestación de la importancia dada a la catequesis y la evangelización en el interior de una de nuestras escuelas. Para mí fue una experiencia conmovedora.

Y qué decir de los niños del centro Akwaba para niños de la calle de Abijan. Niños que han vivido experiencias extremadamente duras y difíciles para sus cortos años. Al terminar la Asamblea que prepararon con ocasión de la visita, comentaba a los Hermanos, que posiblemente estábamos ante futuros líderes del país. Su desenvoltura, su viva inteligencia, su saber trabajar juntos, su capacidad de dirigir y ha-

cerse obedecer realmente me impresionaron, y valoré grandemente lo que el Instituto está realizando en esta obra. Algo semejante viví en el Children Discovery Center (CDC), en Nakuro Kenia, en donde los niños tienen un conocimiento excelente de San Juan Bautista de La Salle, sus canciones un fuerte sentido de lo que desean para su futuro y en donde quedé admirado del orden y limpieza de sus pobres dormitorios.

Podría alargar estas experiencias vividas durante mi viaje, porque hubo muchas otras, ricas y variadas. Solamente, a manera de pinceladas, señalar las Eucaristías masivas y bien preparadas de los alumnos de Madagascar en diferentes puntos geográficos, la misión que llevan entre manos jóvenes Hermanos mozambiqueños y brasileños en Mangunde, el excelente servicio a jóvenes obreros en Conakry, el celo de nuestros Hermanos en el Chad a pesar de las dificultades, los jóvenes voluntarios en el Camerún con un espíritu profundamente lasallista y comprometido, los distintos grupos lasallistas que animan nuestra misión en el Congo, las nuevas iniciativas en África del Oeste, la reapertura de la Escuela de Arte en Nyundo, Ruanda, el liderazgo de Hermanos jóvenes nativos en Nigeria, Etiopía y Eritrea, y las maravillosas obras educativas en Kenia, como la de Marsabit, en donde los Hermanos en la media hora de oración mental personal que precede a los Laudes, son acompañados por un nutrido número de sus alumnos, casi todos ellos de origen nómada, que los acompañan para una visita al Señor y descubren la faceta de la oración de los Hermanos, o el centro Mwnagaza en Nakuro, que ofrece a los jóvenes después de High School, carreras cortas en contabilidad, alimentos

y bebidas, secretariado en computación, moda y diseño, sastrería, información tecnológica y, belleza y peinado.

Hermanos, en un momento en el que la interdependencia y la solidaridad se han intensificado en el Instituto, todos debemos sentir a África especialmente cercana. A nivel de Instituto como de Iglesia, representa para nosotros una gran esperanza. Ojalá no fallemos en este momento histórico a esta cita. Porque no debemos olvidar, como nos lo recuerdan los *Lineamenta* de la próxima Asamblea de los Obispos sobre África que: *la situación de hoy día en África no puede dejar de tocar las conciencias. En estos tiempos, África más que nunca es dependiente de los países ricos, y es más vulnerable que cualquier otro continente a las maniobras de esos países que procuran dar con una mano y tomar de nuevo doble con la otra, y que tienden a condicionar fuertemente el desarrollo de la vida política, económica, social e incluso cultural en los países africanos. En la construcción del mundo, África es deliberadamente excluida, siendo sólo recordada cuando sus miserias necesitan ser mostradas o explotadas. Por tanto, ¿qué es lo que se debe hacer para dar una luz de esperanza a la barrera que amenaza el horizonte socio-económico de África?* (nº 8).

• Ingrid Betancourt

Sé que no se trata, a primera vista, de un icono lasallista; pero su actitud hacia sus hijos me parece profundamente significativa, cargada de aquel amor lleno de ternura que nos pide el Fundador que tengamos hacia nuestros discípulos. Por eso la puedo situar aquí como un icono inspirador para nosotros de la potencia del amor. Me han impresionado mucho las de-

claraciones hechas por Ingrid Betancourt, después de recobrar la libertad, pero también las cartas que pudo enviar durante su cautiverio. Por otra parte, su referencia explícita y repetitiva de la fe cristiana, del poder de la oración, de su recurrir filial a María, como fuerza inspiradora que le permitió mantener el coraje y superar las enormes dificultades vividas, me parece modélica para una sociedad que en muchas partes del mundo arrincona estos valores en un supuesto ámbito privado. También me ha conmovido la actitud de sus dos hijos después de la liberación de su madre.

En la revista *Unánimes* del Distrito de Bilbao de mayo del 2008, se recogen algunos extractos de algunos mensajes enviados por Ingrid durante su cautiverio. Después de expresar que *el recuerdo de mis hijos me sostiene*, envía una palabra a cada uno de ellos. Y así dice a su hija Melanie: *Mi sol de primavera, mi princesa de la constelación del cisne, a ti a quien adoro, quiero decirte que soy la mamá más orgullosa de la tierra y si tuviera que morir hoy, me iría satisfecha con la vida dándole gracias a Dios por mis hijos*. Y a su hijo Lorenzo de 18 años, al que dejó cuando sólo tenía 12, le declara: *Mi ángel de paz, mi rey de aguas azules, mi manantial de alegría. Todo lo que me viene de ti es bálsamo para mi alma, todo me apacigua, todo me da placer*. Y le hace la siguiente reflexión educativa: *No sólo por lo que se aprende intelectualmente, sino por la experiencia humana, la gente alrededor de uno le alimenta emocionalmente para tener cada día mayor control sobre uno mismo, y espiritualmente, para moldear un mayor carácter de servicio a los demás, donde el ego se reduzca a su mínima expresión y se crezca en humildad y fuerza moral. Eso es vivir, crecer para servir*.

Estos testimonios, son tanto más impresionantes, cuanto que fueron escritos seis años después de haber comenzado la pesadilla de su cautividad, en el mismo momento que confesaba: *la vida aquí no es vida, es un desperdicio lúgubre del tiempo: vivo o sobrevivo en una hamaca tendida entre dos palos... Aquí nada es propio, nada duradero, la incertidumbre y la precariedad son la única constante...*

Sin duda todos conocemos, porque fue de gran impacto mediático, sus declaraciones después de ser puesta en libertad. Y con la libertad, la capacidad de sonreír, de perdonar a sus verdugos, de agradecer a sus libertadores y sobre todo su llamado a no olvidar a aquellos que aún quedan secuestrados. Sin duda expresiones todas motivadas por un gran amor. Y podemos recordar las palabras de Viktor Frankl, ante una experiencia personal semejante: *Un pensamiento me dejó como paralizado: por primera vez en mi vida comprendí la verdad que afirman tantos poetas en sus canciones y que proclama la sabiduría última de tantos pensadores. La verdad: que el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el ser humano. Fue entonces cuando comprendí el significado del mayor de los secretos que la poesía, el pensamiento y las creencias humanas intentan comunicar: la salvación del hombre se logra en el amor y a través del amor (El hombre en busca de sentido).*

No será para nosotros este testimonio una llamada a actualizar lo que ya la Regla de 1718 nos pedía: *Amarán tiernamente a sus alumnos* (Cap. 7,13), y a hacer realidad en nuestras vidas lo que nos decía el Fundador: *Cuanta más ternura sintáis por los miembros de Jesucristo y de la Iglesia que os están confiados, tanto más producirá Dios en ellos admirables*

efectos de la gracia (Med 134,2). Amor, que no puede reducirse a nuestra relación con los jóvenes, sino que también debe caracterizar todas nuestras relaciones, a comenzar por aquellas con nuestros Hermanos. Es el mismo Fundador, el que así nos lo sugiere con su ejemplo, cuando en su última carta al Hermano Gabriel Drolin, en 1716 le confiesa: *Le aseguro que siento mucha ternura y afecto por usted, y que con frecuencia pido a Dios por usted... He sentido gran consuelo con su última, y la continuidad de su afecto y de su buen corazón me han producido mucho contento* (Carta 32).

Conclusión: Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (Gal 4,6).

En la Meditación 195 el Fundador nos habla repetidamente del Espíritu de Jesucristo que debe animar nuestro ministerio y así nos pide *entregarnos a menudo al Espíritu de Jesucristo, a fin de no obrar sino por Él al ejercerlo, renunciando enteramente a vuestro espíritu propio* (Med 195,2), y que nuestras enseñanzas *estén animadas por su Espíritu, y de Él reciban toda su eficacia* (Med 195,3).

El Padre y el Reino fueron los dos polos referenciales de Jesús, sus dos grandes amores, impulsado por el Espíritu, Jesús se movió siempre entre estas dos coordenadas, que debemos hacer nuestras. Al respecto nos dice el Fundador: *También hoy hablan impulsados por el Espíritu de Dios cuantos anuncian su Reino* (Med 3,2). De ese Reino del que queremos ser signos vivos como Hermanos consagrados a la Trinidad.

Debemos Hermanos, dejarnos llevar por el Espíritu de Dios,

ser fieles a sus inspiraciones, ser sus instrumentos en favor de los jóvenes y sus testigos ante todos aquellos con quienes nos relacionamos; teniendo la certeza de que es amando como le permitimos manifestarse plenamente, ya que Él derrama abundantemente el amor de Dios sobre nosotros como nos dice San Pablo, y el primer fruto del Espíritu, sabemos también por el apóstol, es el amor (cf Rom 5,55; Gal 5,22).

Por eso los invito, a que terminemos estas reflexiones pidiéndole al Espíritu que nos transforme en Jesús, con la certeza de que *conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesucristo resucitado, podemos y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos... y a cada una de sus personas* (Aparecida 18).

Para esto les propongo la oración que me envió este año para la fiesta de Pentecostés el Padre Ángel García Zamorano, Misionero del Sagrado Corazón, amigo mío de Guatemala:

Ven, Espíritu Divino
que te permita moldearme como Jesús.
Renuévame, fortaléceme, cámbiame,
para ser, pensar y vivir como Él.

Purifica mis **ojos** para verte
en todo lo bueno y bello,
en la alegría y el dolor,
donde hay esperanza y sed de liberación.

Ábreme los **oídos** para escucharte
en los clamores sordos de los pobres,

en los gritos ahogados de los excluidos,
allí donde tu Espíritu emerge.

Dame **manos** para trabajar,
para servir a los necesitados,
y unirlos a quienes sueñan y se ocupan
en forjar otro mundo e Iglesia posibles.

Reanima mis **pies** para
no cansarme en seguirte,
moverme en tu misma dirección,
y *“pasar haciendo el bien”*.

Sana mi **corazón** para sentirte,
convolverme ante el dolor del otro,
y descubrir tu presencia callada
donde hay amor y solidaridad.

Y transformado, colaborar con libertad
en hacer presente el Reino,
animado por el mismo “espíritu”
que animó a Jesús. Amén.

Fraternalmente en De La Salle:



Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General

